

«La vida se adivina»: el peso de la experiencia vital en la poesía de Claudio Rodríguez

SERGIO GARCÍA GARCÍA

*Universidad Autónoma de Madrid*¹

Resumen: El siguiente estudio tiene como objetivo principal afianzar la relación «poesía y vida» en la obra literaria de Claudio Rodríguez, a partir de un recorrido por algunos de los temas más destacados de su escritura (la familia, la infancia, la ciudad de Zamora, el campo castellano, el mar y el amor, entre otros) en relación con determinados periodos y momentos puntuales de su biografía. Para dicha investigación se ha revisado aquella bibliografía vinculada con la vida del autor. En ningún momento se ha llevado a cabo ningún tipo de entrevista directa a familiares o amigos; los testimonios directos sobre la biografía de Rodríguez han sido extraídos de la bibliografía anteriormente mencionada.

Palabras clave: Claudio Rodríguez, biografía, familia, infancia, Zamora.

«La vida se adivina»: The sediments of life experience in the poetry of Claudio Rodríguez

Abstract: The main goal of the following study is to strengthen the connection «poetry and life» in the literary work of Claudio Rodríguez. This will be done through an overview to some of the most highlighted themes appearing in his writing (such as family, childhood, the city of Zamora, the Castilian country, the sea and love, amongst others) in relation with specific periods and moments of his biography. For such investigation, it has been reviewed the biography connected to the author's life. It has not been carried out any interview to his relatives or friends at any point. The direct testimonies about Rodríguez's biography have been taken out from the previously mentioned biography.

Key words: Claudio Rodríguez, biography, family, childhood, Zamora.

¹ Este estudio se inserta en el proyecto de investigación «Epistolarios, memorias, diarios y otros géneros autobiográficos de la cultura española del Medio Siglo» (FFI2013-41203-P), dirigido por José Teruel Benavente.



La poesía, explica Claudio Rodríguez, es «una participación entre la realidad y la experiencia poética de ella a través del lenguaje» (1994: 13), y esta experiencia se gesta de manera paulatina al entrar en contacto con la vida y las vivencias del poeta (Rodríguez, 2004: 194). Por ello, uno de los componentes fundamentales de la poesía es, en el caso de Rodríguez y de otros muchos poetas, la experiencia vital, la vida en sí misma que deja en los versos un poso memorístico de lo que ha sido, y es, el creador. La vida, por tanto, se adivina en el poema, como escribe el poeta en «Sin epitafio»:

La vida se adivina. Vete. Fue
esta armonía de dolor y gracia,
tanta felicidad que es la verdad
y ahora alumbra tu oficio
con su silencio fugitivo, en son
sereno como de agua a mediodía.²

El hombre y el creador, aunque sean la misma persona, en no pocas ocasiones tienen la apariencia de ser entes diferentes difícilmente reconocibles el uno en el otro. Al respecto, establece el profesor Philip W. Silver que

el caso de Claudio confirma la regla: la personalidad pública tiene poco que ver con el yo poético. Si este zamorano tiene ademanes de *flâneur* provinciano, si tiene el pelo negro mate, el ojo claro y un corpachón algo torpe al andar, no es ese que va a nuestro lado el poeta. Porque el poeta es otro. Cuando pasea con nosotros por Zarautz, o va de chiquiteo o al mercado, es difícil imaginarse a un poeta como el de *Alianza y condena* o *Casi una leyenda* (Rodríguez, 2013: 11).

Rodríguez, a lo largo de sus días, se mantuvo al margen de la vida pública de los círculos literarios, pues prefería los paseos por su Zamora natal o por su barrio de Madrid, así como el encuentro con la vida en los mercados y las tabernas, donde acostumbraba a anotar en un cuaderno que siempre llevaba consigo giros populares que escuchaba, o cualquier ocurrencia espontánea del momento (Cañas, 1988: 29 y 30) y que luego empleaba para la composición de sus textos (Paulino, 1995: 23). Y, aunque Silver acentúe la distinción entre el hombre y el poeta, estos elementos vitales justifican la cercanía del

² Todos los versos de Rodríguez que aparecen en este estudio se citan directamente de la siguiente edición: *Poesía completa (1953-1991)*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Fábula, 2009 (3ª ed.).



Claudio Rodríguez *hombre* con el Claudio Rodríguez *poeta*. Asimismo, recuerda de nuevo Silver que Rodríguez «tenía el don –o el inconveniente– de recordar en detalle cualquier experiencia pasada si quería y a veces sin querer» (2010: 16), y dichas experiencias, que es la vida misma con sus altibajos correspondientes, se entrevén en un gran número de sus composiciones poéticas, como se mostrará en las siguientes páginas.

La vida del poeta comienza en el nº 51 de la calle Santa Clara de Zamora un 30 de enero de 1934. Esta fecha tan significativa de su biografía la recuerda en su poema «Balada de un treinta de enero», evocando aquellos primeros días de su existencia: «Es ahora la hora. Y qué más da. / Sea a quien sea sal y abre la puerta. / ¿Al mensajero de tu nacimiento?». Rodríguez es el hijo mayor del matrimonio compuesto por María García Moralejo y Claudio Rodríguez Diego, quien fue popular como poeta en la Zamora de los primeros años de la posguerra. El padre del poeta, que murió a los 40 años, en 1947, nunca pudo compartir su afición literaria con su esposa (Cañas, 1988: 17). Antes de la muerte de su padre, Rodríguez recuerda dos episodios que vivió junto a él y que le marcaron profundamente: la visión de un fusilamiento en la tapia del cementerio de Zamora en 1937 –lo que más le impresionó a aquel niño que llamaban Cayín fue la cara de su padre– (Machín Romero, 2001: 57 y 58), y el ruido de los lobos arañando la puerta de la casa donde padre e hijo dormían durante una noche de invierno en la localidad de Terroso (Cañas, 1988: 17). El recuerdo de esta última anécdota inspiró el poema «Por tierra de lobos», en el cual también aprovechó Rodríguez la amenaza lupina para reflexionar sobre las gentes zamoranas:

Y notas
de sociedad, linaje, favor público,
de terciopelo y pana, caquí y dril,
donde la adulación color lagarto
junto con la avaricia color incienso
me eran como enemigos
de nacimiento.

[...]

A veces, sin embargo, en estas tierras
floreció la amistad. Y muchas veces
hasta el amor. Doy gracias.



También, antes del fallecimiento del padre, en la vida del joven zamorano tuvo lugar un episodio que lo marcó hasta el final de su vida, y que supuso para el poeta el inicio del distanciamiento con su madre —curiosamente, fue a ella a quien le dedicó *Don de la ebriedad*—: Rodríguez se golpeó en la cabeza y sus padres lo llevaron al médico tras volver de una corrida de toros; el poeta, que contaba tan solo con once años, pudo haber fallecido (Cañas, 1988: 19). A pesar de este incidente, Rodríguez siempre fue un gran aficionado a la tauromaquia; así lo demuestra en su poema «Toreando», dedicado al torero Antoñete, recogido en *Poemas laterales* (2006)³ y en la antología *Hacia el canto* (1993). La indiferencia paterna y, sobre todo, materna marcó al poeta con creces; escribe en el poema «Caza mayor»: «La culpa / es tuya, madre, que no me velaste». Aunque la distancia entre madre e hijo era evidente, el zamorano siempre anheló la reconciliación entre ellos, la esperanza por recuperar el cariño inexistente durante la infancia, pero una esperanza frustrada e imposible ya desde el origen: «Yo te doy lo único / que puedo darte ahora: si no amor, / sí reconciliación»; estos versos pertenecen al contundente poema «En invierno es mejor un cuento triste», el mejor ejemplo para entender la relación del poeta con su madre. La tensión, pues, que se respiraba en la casa tras la muerte del padre hizo que Rodríguez buscara refugio en los largos paseos que daba por el campo zamorano; de ahí surgen, como bien se sabe, los poemas de su primer libro, *Don de la ebriedad*. En uno de los poemas de este libro, «Canto del caminar», Castilla «se convierte [...] en la única madre posible, en el sentido de originar en torno a ella una fe profunda» (Rupérez, 2004: 23):

¡Es Castilla, sufrído! En otros tiempos,
cuando se me nombraba como a hijo,
no podía pensar que la de ella
fuera la única voz que me quedase,
la única intimidad bien sosegada
que dejara en mis ojos fe de cepa.
De cepa madre.

Los conflictos familiares los recupera Rodríguez en el conjunto de cuatro poemas que introduce *El vuelo de la celebración*, titulado «Herida en cuatro

³ Los poemas que componen este libro son aquellos que Rodríguez no quiso incluir en sus cinco poemarios.



tiempos», y los zanja a partir de un suceso ocurrido en 1974 (Rupérez, 2004: 52). En el primer poema del conjunto, «Aventura de una destrucción», vuelve a surgir la imagen del niño herido y abandonado en la cama, pero esta vez para constatar que la reconciliación familiar – dicha reconciliación se vislumbra con bastante claridad en «Oda a la hospitalidad» – es un hecho imposible:

No volveré a dormir en este daño, en esta
ruina,
arropado entre escombros, sin embozo,
sin amor ni familia:
entre la escoria viva.
Y al mismo tiempo quiero calentarme
en ella, ver
cómo amanece, cómo
la luz me da en mi cara, aquí, en mi cama.
La vuestra, padre mío, madre mía,
hermanos míos,
donde mi salvación fue vuestra muerte.

El suceso acaecido en 1974 fue el brutal asesinato de la hermana favorita del poeta, María del Carmen, cosida a puñaladas (Suárez, 2009: 9); como se explica en las líneas anteriores, este hecho fue la cima del desencanto familiar. El cuarto poema de «Herida en cuatro tiempos», de título «Herida», es el canto a la tristeza por la pérdida de la hermana:

¿Cómo el dolor, tan limpio y tan templado,
el dolor inocente, que es el mayor misterio,
se me está yendo?

[...]

Y que tu asesinato
espere mi venganza, y que nos salve.
Porque tú eres la almendra
dentro del ataúd. Siempre madura.

Sobre la composición de este poema, recuerda Manuel López Azorín que, estando Rodríguez y su esposa en Zarauz durante las fiestas de la localidad,



el poeta de súbito se marchó a su casa y redactó en apenas quince minutos el poema. Al finalizar, volvió a los festejos que se estaban celebrando en la plaza (López Azorín, 2013).

Asimismo, el último poema de *Casi una leyenda*, «*Secreta*», es una elegía a María del Carmen, según establecen Gamoneda (2004: 23) y Silver (2010: 25): «Tú no sabías que la muerte es bella, / triste doncella». Rodríguez tenía a su vez dos hermanos más: Javier, que nació en 1939 y murió en 1990, y María Luisa, hermana gemela de María del Carmen; ambas nacieron en 1945 y la primera murió en 1989⁴. La viuda del poeta Leopoldo Panero, Felicidad Blanc, en algunas cartas a su hijo, el también poeta Leopoldo María, recuerda el carácter cariñoso de las dos hermanas del zamorano, a las cuales denomina «las chicas Rodríguez» y «mis dos ángeles zamoranos» (Fernández, 2006: 129, 133, 134 y 139)⁵. Claudio Rodríguez, que falleció 22 de julio de 1999 en Madrid, tuvo que vivir la muerte de sus padres —la madre falleció en 1975—, así como la de sus tres hermanos pequeños.

En su Zamora natal no solo encuentra Rodríguez desdichas familiares: la amistad con sus paisanos y la admiración por ciertos lugares configuran tanto el contexto humano del zamorano como el poético. El poema «Eugenio de Luelmo», incluido en *Alianza y condena*, es una muestra de ello. Este personaje, también conocido como el tío Parrondo, «era un anciano a quien el joven Claudio profesó gran afecto, y al que se solía ver por los Barrios Bajos de Zamora y en las tertulias informales del taller del escultor Ramón Abrantes» (Rodríguez, 2013: 134). Sobre él escribe el poeta:

Palabras insuficientes. Yo quiero a ese hombre: a Eugenio de Luelmo, por ejemplo. E intenté construir un monumento diario y eterno, irrepetible, de su vejez, de su manera de andar por las calles, de cómo la posesión de su ternura, de su olor a cal, a arena, a vino, a sebo, iban sin despedida, porque él era retorno. Cómo fue querido por toda la ciudad (Rodríguez, 1994: 20).

También en Zamora encuentra a grandes amigos cuya amistad lo acompañará hasta el final —«Quería a sus amigos y sus amigos le adoraban»,

⁴ Estos datos biográficos han sido extraídos de la estupenda cronología elaborada por Fernando Yubero (2003: 299-302). Asimismo, también se ha consultado la cronología elaborada por Luis García Jambrina (Rodríguez, 1993: 23-31).

⁵ Felicidad Blanc estuvo en contacto con Rodríguez y sus dos hermanas, quienes residían en Zamora, cuando su hijo, Leopoldo María Panero, estuvo preso en la Prisión Provincial de dicha ciudad en 1969.



afirma Clara Miranda (Escudero, 2004: 99) —, amigos como el pintor Antonio Pedrero, quien retratará a Rodríguez en el mural titulado *Bar «La Golondrina»* —que actualmente se encuentra en la sucursal de Caja España situada en la zamorana calle San Torcuato—, y al ya mencionado escultor Ramón Abrantes. En compañía de este último Rodríguez conocerá a Blas de Otero durante el verano de 1954 en Zamora. Sobre este primer encuentro con el poeta vasco, escribió un poema titulado «Blas de Otero en el taller de Ramón Abrantes, en Zamora», recogido hoy en *Poemas laterales* y en *Hacia el canto*, donde se describe la tertulia en el taller de Abrantes:

Por ver cómo corre el Duero
y cómo la escayola y el cemento,
cómo el pan, la herramienta
cantando y acusando entre las manos
de Ramón y de Julio, y de Marcelo,
de Tomás y de Antonio,
sobre todo de Eugenio,
estabas.

También de la época zamorana Rodríguez hereda un estrecho vínculo con la naturaleza, concretamente con Castilla, que no «es la “Castiella la gentil”, del *Poema del Cid* ni tampoco la Castilla miserable, andrajosa, etc.» (Rodríguez, 1994: 14), sino la Castilla de *Don de la ebriedad* —recuérdese el poema «Canto del caminar»—. Asimismo, la fauna y flora castellanas constituyen dos claves fundamentales no solo de la poesía claudiana (Conde Choya, 2006), sino también de su propia formación intelectual: el zamorano redactó un pequeño texto titulado «Apuntes sobre fauna y poesía» (Rodríguez, 2004: 199-202, y en numerosas ocasiones Rodríguez ha comentado su gusto por algunas ciencias naturales como la mineralogía, la botánica y la zoología (Paulino, 1995: 25, y Rodríguez, 2003: 38). El poeta Miguel Ángel Velasco, durante una visita a Rodríguez al hospital donde le habían realizado una operación de ciática, recuerda que en la mesilla de noche del poeta descansaba un libro sobre los pájaros de la Península Ibérica (2004: 44).

Vinculado con la naturaleza está el mundo de las labores del campo, muy presente también en la poesía claudiana. Este nuevo universo lo descubre el poeta en la finca que poseía su abuela muy cerca de la estación de ferrocarril de Zamora, a la que acude continuamente desde los cinco años (Cañas, 1988:

21). Y este mundo, tan próximo a la tradición y al lenguaje popular, para él supone el descubrimiento de un nuevo lenguaje: el que pertenece al campo y, al mismo tiempo, al pueblo, el cual se transmite, según el poeta, «a través de metáforas y de la imaginación de la lengua» debido a «la respiración vital de la sangre, que – naturalmente – en nuestra tierra es prodigiosa» (Cañas, 1988: 28 y 29).

Pero Rodríguez no limita la influencia zamorana a cuestiones relacionadas con su tierra o su gente: Zamora como ciudad y como territorio adquiere un papel protagonista en algunos poemas, como en «El cerro de Montamarta dice», alusión a la tierra de este municipio zamorano; «Calle sin nombre», donde el poeta busca su propia identidad; «Dando una vuelta por mi calle» y «A las puertas de la ciudad», que versan sobre el retorno a la Zamora natal («Vuelvo alegre / y esta calma de puesta da a mis pasos / el buen compás, la buena / marcha hacia la ciudad de mis pecados»), y «Ciudad de meseta», un poema de corte social, según confiesa Rodríguez a su amigo Philip W. Silver en una carta de 1980 (2010: 341). Vinculado con la ciudad de Zamora está uno de los símbolos más reiterados por el poeta en su obra: el río Duero («tú, río de mi tierra, tú, río Duradero»), cuya presencia destaca, sobre todo, en el poema «Al ruido del Duero», donde la simbología remite a la leyenda del cerco de Zamora, sitio llevado a cabo por doña Urraca contra el rey Sancho II, su hermano, quien será asesinado por Vellido Dolfos (Rodríguez, 2013: 92). Relacionados con las tradiciones de las tierras zamoranas, destacan los poemas «El baile de las Águedas», inspirado en la festividad de Santa Águeda, fiesta celebrada en algunos pueblos castellanos donde por un día al año prevalece el papel de la mujer sobre el del hombre, y «Los almendros de Marialba», cuyo título tiene su origen en una canción popular zamorana de la localidad de Toro (Rodríguez, 2013: 213). Y de esta localidad zamorana también proviene el famoso vino al que Rodríguez dedicó «Con media azumbre de vino»:

¡Nunca seremos! ¡Siempre
con vino encima! ¿Quién va a aguarlo ahora
que estamos en el pueblo y lo bebemos
en paz? Y sin especias,
no en el sabor la fuerza, media azumbre
de vino peleón, doncel o albillo,
tinto de Toro.

Como descubren los versos anteriores, Rodríguez siempre andaba «con vino encima». Francisco Brines, a quien el zamorano conoció en Inglaterra, recuerda que en una ocasión, ante la propuesta de acompañar a Jaime Gil de Biedma a Málaga para desintoxicarse juntos, Rodríguez le espetó diciéndole que él no bebía alcohol, sino vino (Brines, 2004: 19).

Para cerrar la influencia de la experiencia zamorana en la poesía claudiana, es preciso mencionar «Lo que no se marchita», introduciendo así una de las claves fundamentales del pensamiento poético de Rodríguez: la infancia, tiempo del hombre que, dice el poeta, «no es sólo una edad, sino una condición del ser humano, en la que se manifiesta la inocencia» (Ramos de la Torre, 2004: 64). En dicho poema, Rodríguez celebra la infancia de una niña concreta, la niña Reyes, a quien va dedicado el texto, y «de la cual», reconoce el zamorano, «yo estuve muy enamorado. Era una niña de ocho años. Perdón, uno parece un infanticida, no se trata, naturalmente, de amor...» (2003: 33). Clara Miranda recuerda que, estando Rodríguez en Zamora, en un homenaje que recibía en su barrio, la niña Reyes apareció y el poeta, al verla, se llevó una gran desilusión, ya que había dejado de ser la niña a la que había inmortalizado en su poema (Escudero, 2004: 98).

El poeta y su esposa nunca tuvieron hijos, pero no por ello al zamorano dejaron de gustarle los niños. Silver cuenta que «le encantaba la compañía de los niños, y sabía instintivamente cómo divertirlos. Bailaba con ellos y comía hojas para su sorpresa» (2010, 17). Recuerda lo mismo Ángel Rupérez: cómo en una ocasión Rodríguez estuvo jugando a toda clase de juegos con su hijo Miguel, y que «lo hacía con todos los niños que se le ponían a tiro [...]. Debía ver en los niños el verdadero territorio de la inocencia» (Ramos de la Torre, 2004: 65), una inocencia en parte perdida durante sus primeros años en Zamora, y que en parte recupera gracias a la ternura que le transmitió su esposa durante los años ingleses (Cañas, 1988: 60). Fruto de ello es el poema «Oda a la niñez», que redactó en Inglaterra y con el que pretendió legitimar el valor sincero de la infancia inmerso en su contexto anglosajón personal:

Ved que todo es infancia.
La fidelidad de la tierra,
la presencia del cielo insoportable
que se nos cuela aquí, hasta en la cazalla
mañanera, los días



que amanecen con trinos y anohecen
con gárgaras,

[...]

Ved que todo es infancia:
la verdad que es silencio para siempre.

Por otro lado, la actitud de Rodríguez ante la infancia es la del espectador. Así surge el poema «Brujas a mediodía»; cuenta Rodríguez al respecto: «“Brujas a mediodía” lo escribí, mejor diría lo concerté, durante dos meses, aproximadamente. En Burgos, frente a la Catedral, en un mediodía de agosto, vi jugar a unos niños, en corro – circularmente, como el vuelo de las brujas –» (2010: 341).

La infancia, pues, es semilla y rama en no pocas composiciones claudianas, así como en su escasa producción prosaica –recuérdese el título de su memoria de licenciatura: *El elemento mágico en las canciones infantiles de corro castellanas*–. La infancia, que va y viene constantemente («muy cercano / de mi niñez perdida y ahora recién ganada / tan delicadamente», escribe el poeta en «Ballet de papel», o los versos de «El sueño de una pesadilla»: «Y pasa el agua / nunca tardía para amar del Duero, / emocionada y lenta, quemando infancia»). Alguna anécdota de su propia infancia la recupera en sus versos, como sucede en «El robo», que tiene como germen el robo de un cáliz que cometió siendo niño en una iglesia, y que enterró en el parque de San Martín, próximo a la catedral de Zamora. Años más tarde, Rodríguez quiso recuperar aquel cáliz pero no lo consiguió, pues no recordaba con exactitud el lugar donde lo había enterrado (Rodríguez, 2013: 201). Se lee en el poema:

Es el recuerdo ruín y luminoso
y la mano entreabierto con malicia y rapiña
y los dedos astutos ya maduros
con el temblor de la sagacidad.

[...]

Es la orfandad del cuerpo que no sabe
ser aún pobre ladrón, sin beneficio.

El poeta abandona Zamora en el otoño de 1951 para cursar Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. Al principio, inició estudios de

Filosofía, pero al poco tiempo abandonó esta especialidad y se decantó por la Filología Románica. Una vez en Madrid, al estar becado, reside en un primer momento en el Colegio Mayor José Antonio, pero pronto abandona dicho centro debido al fuerte falangismo que predominaba entre sus residentes, por lo que comienza a alojarse en distintas pensiones de la capital (Cañas, 1988: 42). Rodríguez encuentra un Madrid muy próximo al que describe Camilo José Cela en *La Colmena*, un Madrid de escasez económica, donde el poeta se pasa días enteros dentro de la Biblioteca Nacional (Paulino, 1995: 25).

A esta primera etapa madrileña posiblemente pertenezca el poema «Incidente en los Jerónimos», ambientado en la parroquia de San Jerónimo del Real (Rodríguez, 2013: 105). Aquí Rodríguez evoca sus raíces zamoranas que se oponen por completo a lo que le transmite la capital, como se detecta en «Hermana mentira», poema bastante posterior a «Incidente en los Jerónimos»:

Están las calles
muy inocentes, con llaneza, ayuda,
recién regadas. Pero,
¿por qué me está acusando
el aire?
¿Qué es lo que pido, qué es lo que he perdido,
qué es lo que gano ahora?

[...]

Pero, ¿por qué me está mirando el aire
con vileza y sin fe?

Es en estos primeros años de la década de los cincuenta cuando Rodríguez conoce a quien será su esposa: Clara Miranda. La pareja se encuentra en 1953, en una excursión que realiza a Granada con los compañeros de la universidad (Cañas, 1988: 43). El 23 de julio de 1959 se casan en Madrid. Inspirándose en este primer encuentro con Clara Miranda, Rodríguez escribió un bellissimo soneto a la que sería su compañera sentimental, el cual nunca incluyó en sus cinco poemarios⁶.

⁶ El poema («Sabe que en cada flujo, en cada ola...») se publica por primera vez en la antología de Cañas ya citada. Posteriormente, lo recoge García Jambriña en *Poemas laterales*.

Clara Miranda no solo influirá en el zamorano a nivel personal, sino también a nivel poético. Ya en *Don de la ebriedad* aparece un poema dedicado a ella («II (Sigue marzo)»), así como el poemario *Alianza y condena*. También se puede deducir la presencia del amor hacia su esposa en algunos poemas, por ejemplo en «Mientras tú duermes». Asimismo, la aparición de Clara Miranda en la vida de Rodríguez traerá consigo una nueva realidad para el poeta: el País Vasco y, en concreto, la localidad costera de Zarauz, donde pasarán los veranos hasta la muerte del poeta. Dentro de su imaginario poético se abrirá paso un nuevo abanico de gastronomía, deporte y naturaleza, tan ajeno a su Castilla natal que le sorprende y le entusiasma al mismo tiempo:

Y me estoy preguntando ¿qué hacía yo aquí? ¿Cómo un zamorano que no había visto más que el mar de los cereales o el mástil de los álamos castellanos y vivido la pobreza del páramo, una geografía tan diferente, lejana del mar, de las marejadas que probablemente van a comenzar en estos primeros días de agosto? [...] Parecía difícil que un castellano encontrara un cimiento, un recuerdo, una espera junto al mar y junto a las personas y el paisaje (Rodríguez, 1996: 37).

Allí, en Zarauz, escribe «Espuma», un homenaje al mar Cantábrico y a sus «espumas imperecederas». A su muerte, Rodríguez dejó bastantes manuscritos de poemas que conformarían un libro futuro, *Aventura*; dos de ellos se incluyen dentro del tema vasco, fruto de las vivencias adquiridas en Zarauz y sus alrededores: «Marea en Zarauz» y «Galerna en Guetaria». Asimismo, la Mari del poema «Lamento a Mari» es una divinidad procedente de la mitología vasca (Rodríguez, 2013). En Zarauz el poeta «entabló amistad con todo tipo de gentes, incluidos artistas y poetas, jugó con ellos al mus y a la pelota vasca, paseó por las playas y alrededores y, desde luego, pasó mucho tiempo contemplando el mar Cantábrico» (García Jambrina, 2005: 15). Tal fue la pasión que le generó aquella tierra que escribió un breve texto dedicado a la pelota vasca: «El juego de pelota a mano. Algunas divagaciones» (Rodríguez, 2004: 203-206). Cuenta Francisco Brines que, cruzando el Canal de la Mancha, «alguien le confundió en el barco con un cantante francés y eso le halagó y le puso alegre como a un chiquillo. Creo que su satisfacción sólo hubiese sido mayor si le hubiesen confundido con un pelotari vasco» (Brines, 2004: 18). Pero no solo fue Zarauz el único paisaje costero que inspiró a Rodríguez: tanto «Amarras» (Velasco, 2004: 43) como «Hilando» los escribió

en Jávea, este último concretamente en el verano de 1972, al ver una «magnífica reproducción» de *La fábula de Aracne* de Velázquez en un bar (Rodríguez, 2010: 343). Y, por su parte, el poema «Frente al mar», que fue redactado en «Las Mayoas», Ibiza, seguramente durante un verano en compañía de Carlos Bousoño⁷.

Volviendo a los primeros años en Madrid, es allí donde conoce a Vicente Aleixandre, quien será para él un maestro, tanto en el ámbito literario como en el personal – «Aleixandre no era sólo un amigo. No exagero si digo que fue para mí un padre», declara Rodríguez (Cañas, 1988: 60) –. Aleixandre y él empezaron a cartearse en abril de 1953; en estas cartas el joven poeta mostró al nuevo maestro algunos de los poemas que poco tiempo después constituirían *Don de la ebriedad*. Cuando el libro se publicó en 1954, Aleixandre le dijo a Rodríguez: «Usted no volverá a escribir nunca», comentario que lo hirió bastante (Rodríguez, 2004: 237). Rodríguez le dedicó su segundo poemario, *Conjurios*, cuya distribución poemática fue realizada en gran parte por el sevillano. Asimismo, le rinde homenaje en los poemas «Fuerte olor a existencia» e «Inscripción sobre una frente», incluidos ambos en *Poemas laterales* y este último, en *Hacia el canto*, así como en «Perro de poeta», poema dedicado a uno de los tres Sirios que acompañaron a Aleixandre en su casa de la calle Velintonia, en Madrid (Miller, 2004: 174). Rodríguez recuerda algunas anécdotas sobre el magisterio que ejerció el sevillano sobre él, como la siguiente, relacionada con el poema «A mi ropa tendida», que escribió cuando residía en Cambridge: Rodríguez le enseñó el poema a Aleixandre y este declaró no entenderlo con claridad, por lo que le aconsejó que le añadiera el subtítulo «(El alma)»; según el zamorano, el tema del poema era la ropa tendida en las orillas del Duero, cuestión con la que discrepaba Aleixandre, pues él entendía que el texto hacía referencia al alma. «Yo le hice caso», declara Rodríguez, «por ser una persona mayor, pero creo que Vicente no tenía razón ninguna [...]. Pero eso pasa en la juventud» (2003: 19).

En 1956 el poeta formó parte de la secretaría del I Congreso Universitario de Escritores Jóvenes celebrado en la Universidad Central de Madrid.

⁷ Al margen de que la dedicatoria del poema esté dirigida a Bousoño, en el libro ya citado *Aquel verano...* este último narra algunas de sus vivencias del verano de 1974 en su casa de Ibiza, en la cual se alojaron durante el periodo estival Rodríguez y Clara Miranda, junto con otros escritores (págs. 199-205). Aunque «Frente al mar» lo escribió el zamorano antes de 1965, pues pertenece a *Alianza y condena*, la hipótesis del verano en compañía de Bousoño resulta bastante verosímil.

Uno de sus principales organizadores, el escritor Jesús López Pacheco, fue denunciado a la policía, lo que le convirtió en objeto de persecución. A Rodríguez se le relacionó con López Pacheco al haber ganado ambos el Premio Adonáis, y durante ese año recibió varias palizas propiciadas por grupos de falangistas (Machín Romero, 2001: 60 y 61) y por miembros del cuerpo policial (Cañas, 1988: 50). Asimismo, tras los enfrentamientos estudiantiles que tuvieron lugar entre el 1 y el 9 de febrero de 1956, lo sometieron a vigilancia policial durante un corto periodo de tiempo en Zamora (Rodríguez, 1993). Rodríguez nunca estuvo ligado a ninguna actividad de tipo político, salvo ese año, durante el cual confiesa que militó en el Partido Comunista de España, «pero solamente durante veinte minutos» (Silver, 2010: 16). Aun así, la hostilidad del ambiente forzó al poeta a solicitar un lectorado en Inglaterra, y, gracias a las influencias de Aleixandre y Dámaso Alonso, en 1958 trasladó su residencia a Nottingham, donde permaneció junto a su esposa hasta 1960, año en el que la pareja se mudó a Cambridge hasta su vuelta definitiva a Madrid en 1964 (Cañas, 1988: 57, 59 y 62). En Cambridge el matrimonio vivió primero en el número 24 de Tennyson Road con una anciana de nombre Winifred Grillet (Fernández, 2006: 151), a quien el zamorano dedica «Viento de primavera». En 1963 se trasladaron al número 32 de Pantton Street.

Para Clara Miranda el periodo inglés supuso el más feliz de todos los que compartió con su marido. Rodríguez describe así la experiencia anglosajona, que tanto le influyó, sobre todo, a nivel poético —allí descubrió a poetas como Dylan Thomas y su admirado T. S. Eliot, de cuya obra tradujo gran parte al castellano—:

Tenía tiempo libre, excelentes bibliotecas para ir estudiando y vivir. Yo he tenido la suerte o la habilidad de combinar las dos cosas, el estudio a fondo y la juerga a fondo, con naturalidad. Así lo hacía en Inglaterra o en España: estudiaba o traducía a Virgilio y luego me iba por ahí. No veía yo una interrupción vital. Es lo que he hecho siempre (Paulino, 1995: 26).

En Inglaterra escribió poemas como «Nieve en la noche», inspirándose en la «nieve continua e insoportable» de Cambridge (Rodríguez, 2010: 337), y «Cáscaras», uno de los pocos poemas —como «Porque no poseemos»— de crítica social, donde describe una sociedad construida en torno al dinero y la hipocresía, a la cual se tuvo que enfrentar en aquellos años (Rodríguez, 2003). Rodríguez recupera el tema inglés en «“The Nest of Lovers”», inclui-

do en *Casi una leyenda*, uno de sus poemas de amor más hermosos. En él recuerda los momentos que compartió tras casarse con Clara en la posada homónima al título, situada en el pueblo de Alfriston, al sur del Reino Unido (Rodríguez, 2013: 207).

A pesar de que los lectorados en las universidades de Nottingham y Cambridge no supusieron para la pareja — a quienes el crítico José Olivio Jiménez denominaba cariñosamente los Cla-Cla (Cañas, 1988: 62) — una ruptura total con el espacio español — pues pasaban siete meses en España y cinco en Inglaterra —, en 1964 deciden regresar a su tierra para satisfacer la añoranza del contacto directo con el paisaje español y los amigos (Paulino, 1995: 26). Se instalan en Madrid, concretamente en el número 24 de la calle Lagasca, con una tía soltera de Clara, Julia, «figura maternal para los dos» (Silver, 2010: 18); el poema «Sin noche» es una clara descripción de ella. Años más tarde, en 1992, la pareja se traslada al número 2 de la Avenida de América.

A su regreso a Madrid, Rodríguez dedica su vida profesional a la docencia, impartiendo clases de literatura española en el Instituto Internacional y, ocasionalmente, en la Universidad Complutense y en la Universidad Autónoma de Madrid. El poeta y su esposa comparten la misma rutina todas las noches: pasear por el barrio de Salamanca, su barrio, y visitar algunos bares antes de cenar (Cañas, 1988). A partir de 1992, año en que es nombrado miembro de la Real Academia Española, ocupando el sillón *I*, Rodríguez incorpora a su rutina las reuniones de dicha institución, a las que acude religiosamente; «¡Voy a escuchar a los sabios!», solía decir (Escudero, 2004: 99).

Desde 1988 el poeta arrastró consigo un cáncer de colón. Poco antes de morir, los médicos le comunicaron a Clara Miranda que a su marido le quedaban nueve meses de vida; ella nunca se lo reveló al poeta (Suárez, 2009). Y así fue: Claudio Rodríguez García falleció el 22 de julio de 1999, a las cinco horas, en la madrileña Clínica de Nuestra Señora del Rosario. Al día siguiente fue enterrado en el cementerio de San Atilano de Zamora; su féretro fue cubierto con tierra, respetando su voluntad (Machín Romero, 2001). El cuerpo de Rodríguez descansa en la ciudad castellana que lo convirtió en hombre y, sobre todo, en poeta; parecen así premonitorios los versos que inician «*Solvat seclum*»: «No sé por qué he vivido tanto tiempo. / No me voy como huido / porque ahora estoy junto a los de mi mesa».

La vida, entonces, se vislumbra a través de lo escrito. La vida, siguiendo con los versos de «Sin epitafio», que «fue / esta armonía de dolor y gracia / [...] ahora alumbraba tu oficio». El oficio del poeta tiene una semilla, un germen claramente identificable, como es la experiencia vital. Rodríguez era un poeta andariego, caminaba por las calles, por el campo, en busca de cualquier sustancia abstracta o material para nutrir sus poemas. Rodríguez caminaba por la realidad y reflexionaba sobre ella, y en la mayoría de sus poemas dicha reflexión posee, como se ha demostrado en las líneas anteriores, un origen que reside en la biografía del poeta. La vida de Claudio Rodríguez, por lo tanto, se adivina en su poesía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRINES, FRANCISCO (2004), «Los latidos de un hondo corazón. Recuerdos de una amistad», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 63 (Claudio Rodríguez. Pulso y revelación del verso), págs. 17-20.
- CAÑAS, DIONISIO (1988), *Claudio Rodríguez*, Madrid, Ediciones Júcar.
- CONDE CHOYA, ESTEBAN (2006), «La fauna y la flora de la poesía de Claudio Rodríguez (otra lectura)», *Cátedra Nova*, nº 23, págs. 117-138.
- ESCUADERO, ISABEL (2004), «“Y revolví la ceniza... Me quemé la mano”. Conversación con Clara Miranda», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 63 (Claudio Rodríguez. Pulso y revelación del verso), págs. 97-99.
- FERNÁNDEZ, J. BENITO (2006), *El Contorno del Abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, Barcelona, Tusquets Editores.
- GAMONEDA, ANTONIO (2004), «Las lágrimas de Claudio», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 63 (Claudio Rodríguez. Pulso y revelación del verso), págs. 21-23.
- GARCÍA JAMBRINA, LUIS (2005), «Introducción» a *Aventura*, Claudio Rodríguez, ed. de Luis García Jambrina, Salamanca, Témpera, págs. 7-24.
- LÓPEZ AZORÍN, MANUEL (2013), reseña de Claudio Rodríguez (2013), *Antología poética*, ed. de Ángel L. Prieto de Paula y Luis Bague Quílez, Madrid, Edi-



- ciones Rialp, publicada el 19 de junio de 2013 (en línea): <http://manuellopezazorin.blogspot.com.es/2013/06/claudio-rodriguez-antologia-poetica.html> (fecha de consulta: 18/05/2015).
- MACHÍN ROMERO, Antonio (2001), *Claudio Rodríguez. La época, la poesía y sus poemas*, Barcelona, PPU.
- MILLER, Martha L. (2010), «“Perro de poeta”», en *Rumoroso cauce. Nuevas lecturas sobre Claudio Rodríguez*, Philip W. Silver (ed.), Madrid, Páginas de Espuma, págs. 171-187.
- PAULINO, José (1995), «Entrevista [a Claudio Rodríguez]», *Compás de letras. Monografías de la literatura española*, nº 6 (ejemplar dedicado a Claudio Rodríguez), págs. 23- 28.
- RAMOS DE LA TORRE, Luis (2004), «La infancia como valor en la literatura de Claudio Rodríguez», *Primeras noticias. Revista de literatura*, nº 201, págs. 61-69.
- RODRÍGUEZ, Claudio (1993), *Hacia el canto*, selec. de Claudio Rodríguez y Luis García Jambrina, y ed. de Luis García Jambrina, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca / Patrimonio Nacional.
- RODRÍGUEZ, Claudio (1994), *Desde mis poemas*, ed. del autor, Madrid, Cátedra (5ª ed.).
- RODRÍGUEZ, Claudio (1996), «Aquel verano del 55», en *Aquel verano. 33 relatos firmados por las mejores plumas del panorama literario español*, VV. AA., Madrid, Espasa-Calpe, págs. 35-40.
- RODRÍGUEZ, Claudio (2003), *La voz de Claudio Rodríguez*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Incluye CD.
- RODRÍGUEZ, Claudio (2004), *La otra palabra. Escritos en prosa*, ed. de Fernando Yubero, Barcelona, Tusquets Editores.
- RODRÍGUEZ, Claudio (2006), *Poemas laterales*, ed. de Luis García Jambrina, Lanzarote, Fundación César Manrique.
- RODRÍGUEZ, Claudio (2009), *Poesía completa (1953-1991)*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Fábula (3ª ed.).

- RODRÍGUEZ, Claudio (2010), «Carta de Claudio Rodríguez a Philip W. Silver», en *Rumoroso cauce. Nuevas lecturas sobre Claudio Rodríguez*, en Philip W. Silver (ed.), Madrid, Páginas de Espuma, págs. 337-347.
- RODRÍGUEZ, Claudio (2013), *Antología poética*, ed. de Ángel L. Prieto de Paula y Luis Bagué Quílez, Madrid, Ediciones Rialp.
- RUPÉREZ, Ángel (2004), «Introducción. Donde cuaja el ser» a *Antología poética*, Claudio Rodríguez, ed. de Ángel Rupérez, Madrid, Espasa-Calpe, págs. 11-75.
- SILVER, Philip W. (2010), «Introducción» a *Rumoroso cauce. Nuevas lecturas sobre Claudio Rodríguez*, Philip W. Silver (ed.), Madrid, Páginas de Espuma, págs. 9-25.
- SUÁREZ, Gonzalo (2009), «Prólogo. Mientras tú duermes» a *Antología poética*, Claudio Rodríguez, Madrid, El País, págs. 7-11.
- VELASCO, Miguel Ángel (2004), «Oliendo a brea», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 63 (Claudio Rodríguez. Pulso y revelación del verso), págs. 43-45.
- YUBERO, Fernando (2003), *La poesía de Claudio Rodríguez (la construcción del sentido imaginario)*, Valencia, Pre-Textos.